

ó más bien de obligarle á asentir, bajo el peso de la necesidad, á las proposiciones leoninas que tanto le escandalizaran, recurrieron á una medida legal y socorrida. En efecto: según cierta ley de Escocia, que ha debido engendrar muchos abusos, el acreedor que, sabiendo prescindir bastante de escrúpulos de conciencia, afirma, mediante juramento, que su deudor intenta dejar el país, puede usar del derecho de hacer detener sobre la marcha al propio deudor. En virtud de un mandamiento de este género, había sido Owen encerrado en la cárcel la víspera del día en que verifiqué en ésta tan singular entrada.

Puestos en claro todos los hechos, había que tomar un partido, y la cuestión no era fácil de resolver. Tenía yo noticia exacta de los peligros que nos amenazaban, pero la dificultad comenzaba en el modo de evitarlos. ¿Acaso la advertencia que recibiera no me daba á entender que era poner en peligro mi libertad personal el practicar abiertamente gestiones en favor de Owen? Éste participaba de iguales escrúpulos, y, en el colmo de su terror, afirmaba que un escocés cualquiera, antes que perder un maravedí por causa de un inglés, hallaría, en el arsenal de la judicatura, medios para hacer encarcelar á él, á su mujer, á sus hijos, á sus servidores, machos y hembras, y hasta á sus amigos. El procedimiento en vigor, que priva en la mayoría de los pueblos, es de una severidad tan implacable contra los deudores, que no pude dejar de dar completo crédito á los asertos de mi amigo. En tan críticas circunstancias, mi detención hubiera sido el golpe de gracia contra los intereses de mi padre.

Muy perplejo estaba, pues, cuando me vino en mientes preguntar á Owen si había recurrido al otro corresponsal en Glasgow, Nicolás Jarvie.

— Le escribí ayer, domingo, por la mañana, — respondióme. — Pero si las doradas lenguas de Gallowgate me han reducido á mi actual situación, ¿qué podemos esperar del rapaz erizo de Salt Market? (1) Tanto valdría creer que un corredor

(1) Estas denominaciones, distintivas de las dos casas comerciales, van aplicadas con referencia al barrio respectivo de las propias casas.

de cambios ha de renunciar al derecho de descuento, como esperar de aquél un favor sin retribuirselo. Ni siquiera ha contestado á mi carta, la cual sé que le ha sido entregada en el momento de entrar en la iglesia.

Á semejante recuerdo, dejóse caer de nuevo en la cama y exclamó en su desesperación:

— ¡ Ah, pobre amo mio, mi pobre y querido amo! ¡ Todo por culpa vuestra, señor Frank! Si no hubieseis sido tan antojadizo... pero ¡ Dios me perdone el hablaros así en vuestra aflicción! Es la voluntad del cielo, y hay que someterse á ella.

Toda mi filosofía no pudo impedirme el participar del disgusto del excelente hombre, y confundimos nuestras lágrimas. ¡ Ah! ¡ cuán amargas fueron las mías! Aquella necia resistencia á la voluntad paterna, que el buen corazón de Owen apenas se atrevía á echarme en cara, había causado por sí sola todos nuestros infortunios: lo sentía en lo íntimo de mi conciencia.

Durante aquella escena de desolación, oí llamar, con reiterados aldabazos, á la puerta de la calle. Corrí hácia la parte superior de la escalera para averiguar la procedencia del ruido. El llavero, no menos sorprendido que yo, hablaba, ora á sí propio, ora á las personas que estaban fuera, ora á mi guía.

— *Ella va, ella va*; — gritó, añadiendo después con voz menos alta: — ¡ Ay, dueño y señor! ¿ qué va *ella* á hacer? Subios allá arriba y ocultaos detrás de la cama del inglés... *Ella va enseguida*... ¡ Ay! ¡ ay! Son el milord preboste, los bayles, la guardia... y el capitán que va á bajar! ¡ Dios nos asista! Subid ó váis á encontrarle... Allá va! Es la cerradura que está descompuesta.

Mientras Dougal se apresuraba, á su modo, á correr el cerrojo de la puerta para dar paso á los visitantes, cuya impaciencia se manifestaba por tan ruidosa manera, subió mi guía por la escalera en espiral y penetró en el departamento de Owen, al que volví también desde luego. Paseó con viveza los ojos en torno suyo, como buscando un escondrijo, y díjome acto seguido:

— Prestadme vuestras pistolas... Pero no, puedo prescindir



de ellas... Suceda lo que suceda, permaneced tranquilos, y no os mezcléis en extraña querella... La cosa me concierne, y á mí me toca salirme del paso. En otros me he visto mucho más acosado que hoy.

Después de desembarazarse de la gran capa que le envolvía de pies á cabeza, midió la puerta, con penetrante y resuelta mirada, y retrocedió un poco para concentrar sus fuerzas como noble corcel disponiéndose á saltar una barrera. Claro revelaba su ademán el proyecto de salirse de apuros, cayendo de improviso sobre los que iban á entrar, y que á toda costa quería llegar á fuera. Á juzgar por el vigor y agilidad de su persona y por sus aires de confianza feroz, no dudé un instante de que daría buena cuenta de sus adversarios, á no ser que tuviera que habérselas con personas armadas.

¡Momento de terrible incertidumbre el que transcurrió entre la abertura de la puerta exterior y la de la puerta del calabozo de Owen! No aparecieron soldados, con sus mosquetes, ni alguaciles con sus varas, picas ó alabardas, sinó que se presentó una joven de buen aspecto, con sayas de seda recogidas para andar mejor por la calle, la cual joven traía en la mano una linterna. Ésta iluminaba los pasos de cierto personaje, de otro modo imponente: vigoroso, pequeño y algo rechoncho. Era, conforme supe luégo, un magistrado, cubierto con redonda peluca, el cual llegaba murmurando con trabajoso aliento y de bastante mal humor. Á su entrada, retiróse á un lado mi compañero, sin que pudiera sustraerse á la inquisitiva mirada que el recién venido paseó al rededor del aposento.

— ¡Bueno está y puesto en razón el dejarme media hora fuera, capitán Stanchells! — dijo al carcelero en jefe, que acababa de aparecer, como para hacer la corte á su superior. — He debido, para entrar en el calabozo, golpear tan recio como lo harían los que quisieran salir, si esto pudiera servirles de algo á esas pobres criaturas caídas... ¡Oh, oh! ¡Oh, oh! ¿qué es esto? ¿quién anda por ahí? ¡Gente extraña, después de la clausura de las puertas y en domingo por la noche!... Yo averiguaré de quién sea la culpa, Stanchells, os lo aseguro;

ponéos sobre aviso! Luégo hablaré á esos señores... Ante todo debo decir unas palabras á un antiguo conocido. ¿Qué tal, señor Owen? ¿Cómo estamos, querido?



— La salud no es mala, gracias, señor Jarvie, — gimió el pobre dependiente con tardía voz; — pero el espíritu está muy malo.

— ¡Lo creo, lo creo!... ¡Ah! es una terrible derrota... sobre todo para alguien que erguía mucho la cabeza... ¡La naturaleza humana! ¡Ah! todos estamos sujetos á dar un tumbo. El señor Osbaldistone es hombre listo y honrado, pero siem-



pre he creído que pertenece al número de aquellos que juegan el todo por el todo, como decía mi padre el digno síndico. ¡ Hombre querido ! Siempre me repetía : « Nick , mi pequeño Nick , (su nombre era Nicolás , como el mio , pero las gentes , para divertirse , llamábanos el pequeño Nick y el viejo Nick ) ; Nick , decía , no alargues jamás el brazo hasta tan lejos que no puedas retirarlo. » Otro tanto dije al señor Osbaldistone , pero no lo tomó tan á buena parte como yo hubiera querido . ¡ Y pensar que se lo aconsejé con buena intención , con tan buena intención !

El precedente discurso , formulado con gran volubilidad ; aquella vanidosa satisfacción de poner por delante la propia prudencia y los consejos que había dado , no eran para nosotros pronóstico favorable . Empero , habían sido formulados tan de improviso , que acusaban más bien falta de tacto que dureza de corazón . Como quiera que Owen se mostrase un tanto mortificado con cosas tan mal traídas á cuento , el comerciante de Glasgow tomóle una de las manos , exclamando :

— ¡ Un poco de ánimo ! ¿ Pensáis , acaso , que hubiera salido yo después de media noche y violado el descanso del domingo con el único propósito de venir á decirle á un desgraciado que dió un paso en falso ? No , no ; no es esta la costumbre del bayle Jarvie , como no era , antes de él , la de su digno padre el síndico . Escuchad , querido mio : tengo por regla la de no tratar jamás , en domingo , los asuntos mundanos , mas ; pese á todos mis esfuerzos , la carta que me escribisteis ayer mañana me ha alterado el cerebro durante todo el día , y he pensado más en ella que en el sermón . Tengo , asimismo , como regla de conducta el acostarme en mi cama de cortinajes amarillos , cada noche á las diez en punto , á no ser que cene una merluza con un vecino en casa de éste ó en la mia . Preguntadle á esa bachillera que está ahí si no es regla fundamental en mi casa . Pues , como decía , me he puesto á leer obras piadosas , bostezando como si fuera á tragarme la iglesia de San Enog , hasta que ha dado la última campanada de la media noche : hora en que me era lícito ya dar un vistazo á mi libro mayor para ver á que al-

tura estamos . Después , como el viento y la marea no aguardan á nadie , he dicho á la chica que tomara la linterna y emprendido el camino de esta cárcel con objeto de asegurarme de lo que hay que hacer en favor vuestro . El bayle Jarvie tiene derecho á entrar aquí á todas horas de la noche , como del día , al igual que lo tenía , en aquel tiempo , su padre el síndico , cuya memoria sea bendecida .

Á la mención hecha del libro mayor , Owen había suspirado : ¡ triste pronóstico que me hizo temer que , por aquel lado , la balanza se inclinaba también en contra nuestra ! Empero , si el discurso del buen magistrado parecía contener sólo alabanza propia , estaba saturado de una brusca franqueza y de cierta hombría de bien que me infundieron alguna esperanza . Pidió á Owen ciertos papeles , se los arrancó casi de las manos , y , sentándose luégo sobre la cama « para descansar sus piernas » , según frase particular suya , emprendió la lectura , á la claridad de la linterna , que acercó la sirvienta , prorrumpiendo en exclamaciones , gestos y gimoteos , ora contra la escasez de la luz , ora emocionado por ciertos pasajes de la lectura .

Viéndole mi guía absorto en dicha ocupación , pareció que se disponía á tomar el portante . Después de hacerme señal de que no me meneara , anunció , con su cambio de actitud , el intento de deslizarse hácia la puerta , moviendo el menor ruido posible . Mas el ladino magistrado , muy diferente de mi antiguo conocido el juez Inglewood , reparó en el proyecto é impidió la ejecución del mismo .

— ¡ Vigila la puerta , Stanchells ! — exclamó . — Cerradla y dad la guardia en el corredor .

La frente del forastero se oscureció , y éste pareció volver á su primitiva idea de recurrir á la violencia ; mas , antes de que estuviera decidido , cerróse la puerta y se corrió el cerrojo . Mi guía soltó un juramento en gaélico , atravesó la estancia y , con el talante desconfiado de un hombre resuelto á presenciar el desarrollo de los acontecimientos , volvió á apoyarse en la mesa , silbando un aire de danza .

El señor Jarvie , al parecer muy listo en negocios , púsose luégo al tanto del que acababa de examinar .



— Conque, señor Owen, — dijo á éste, — vuestra casa no debe poco dinero que digamos á los señores Mac-Vittie y Mac-Fin. ¡ Vergüenza para las viles manganillas de éstos, que tanto ganaron en el negocio de maderas de Glen-Cailziechat, que me quitaron de la boca gracias á vuestras lindas palabras, amigo Owen: fuerza es confesarlo! Pero no se trata de esto... Resulta, pues, caballero, que vuestra casa les debe ciertas cantidades, y que, con motivo de semejante deuda y de otros compromisos contraídos por ella, os han encerrado bajo doble llave, valiéndose de las muy recias de Stanchells. Sois, pues, su deudor, tal vez el de otras personas, tal vez el mío; sí, el mío, el del bayle Jarvie.

— Imposible negar, caballero, que la balanza no esté hoy contra nosotros, — respondió Owen; — empero, si tenéis á bien considerar...

— No dispongo de tiempo para considerar cosa alguna. ¿ Os parece, caro amigo, que, estando aún tan cerca del domingo, fuera de una cama tan calentita á estas horas y con la especie de escarcha que está cayendo, es éste momento á propósito para considerar algo? Volviendo á lo que decía, que me debéis dinero salta á la vista: será más ó menos, pero no dejo mi tema. Pues bueno; no se me alcanza, en absoluto, cómo vos, hombre activo y versado en negocios, váis á cumplir el encargo que os ha guiado á esta población y liquidar todas las deudas, conforme lo deseo de veras, si continuáis á la sombra de este calabozo de Glasgow. Procuráos una fianza *judicio sisti*, es decir, una garantía de que no abandonaréis la Escocia y que, en tiempo y lugar oportunos, compareceréis ante el tribunal, y esta misma mañana estaréis en libertad.

— Si algún amigo me prestara semejante servicio, me emplearía yo con provecho, no lo dudéis, á cuenta de la casa y de cuantos están en relación con ella.

— Muy bien dicho, y sin duda ese amigo podría fiar en vos para ser relevado de su compromiso!

— Si, señor; salvo el caso de muerte ó de enfermedad, tan seguro como que dos y dos son cuatro.

— Mejor que mejor, señor Owen: no abrigo la menor duda, y voy á probároslo. Soy hombre exacto, como es sabido, é industrioso, conforme puede atestiguarlo la población entera. Para ganar dinero, conservar dinero y contar dinero, á nadie temo, lo mismo en Salt Market que en Gallowgate. Además, soy prudente, como lo fué antes que yo mi padre el síndico. Pues bueno: antes que contemplar á un honrado y estimable hombre, versado en negocios y que pide sólo justicia, atado de piés de ese modo y privado de gestionar en provecho propio y en el de los demás, quiero servirle yo mismo de fianza bajo conciencia. Pero no echéis en olvido que se trata de una caución *judicio sisti*, como dice nuestro escribano, y no *judicatum solvi*; recordad bien esto, porque establece una diferencia radical.

Dada la posición en que estaba, Owen no podía esperar que nadie garantiera el pago efectivo de las deudas, y así se lo dijo al bayle, añadiendo que no corría riesgo alguno, puesto que no dejaría de presentarse ante el juez al primer llamamiento que se le dirigiera.

— Os creo, os creo; — replicó el señor Jarvie, — y basta ya. Seréis dueño del campo desde la hora del desayuno. Y ahora sepamos lo que tienen que alegar en su defensa vuestros compañeros de habitación, ó cómo el instinto del desorden les ha permitido penetrar hasta aquí en plena noche.

